

Rhyannon Byrd



MENSAJEROS DE SANGRE, 2

**LA SOMBRA DEL
LOBO**

*A mi suegra, por su continuo apoyo
y su preciada amistad.*

ÍNDICE

La ley de los cazadores.....	4
Capítulo uno.....	5
Capítulo dos.....	10
Capítulo tres.....	17
Capítulo cuatro.....	25
Capítulo cinco.....	31
Capítulo seis.....	38
Capítulo siete.....	44
Capítulo ocho.....	52
Capítulo nueve.....	61
Capítulo diez.....	71
Capítulo once.....	77
Capítulo doce.....	85
Capítulo trece.....	92
Capítulo catorce.....	102
Capítulo quince.....	109
Capítulo dieciseis.....	116
Capítulo dicesiete.....	124
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	129



La ley de los cazadores

Cuando nace un hijo de la unión de un humano y un hombre lobo, el ser resultante sólo obtiene la aceptación del clan si se convierte en Cazador y se dedica a perseguir y a exterminar a los licántropos fuera de la ley que han adquirido gusto por la carne humana. Con ello, no sólo demuestran su fuerza, sino también la voluntad de matar en nombre de los que han jurado proteger hasta la muerte.

La Liga de los Ancianos establece la cantidad requerida de bajas. Cuando se alcanza, la Liga es también la única instancia que puede conceder un puesto entre los suyos, con todos los derechos y los deberes, a los Cazadores.



Capítulo uno

Jeremy Burns avanzaba por un bosque de las montañas de Maryland. El frío viento de otoño aullaba como un alma en pena y azotaba su cuerpo alto y su cabello enmarañado mientras Cian Hennessey, su compañero del clan de los Cazadores, caminaba junto a él.

Llevaban quince minutos en el bosque, y cada paso que daban los acercaba un poco más al último lugar del mundo donde Jeremy habría querido estar. Sus músculos estaban tensos; las mangas de la camiseta se le clavaban en los bíceps, hinchados, y tenía calor a pesar de la baja temperatura. La sangre recorría sus venas con un ritmo potente y pesado. Su corazón latía como un tambor. Sus sentidos estaban alerta.

Y todo, por una mujer.

Eso era lo que más le molestaba en ese momento, bajo la luz plateada de la luna que se filtraba entre las ramas de los árboles y los hacía parecer monstruos. Pero él no tenía miedo a los monstruos; a fin de cuentas, Jeremy era uno de ellos: con colmillos largos, un cuerpo cubierto de pelo y un apetito feroz que debía controlar constantemente para impedir que su naturaleza animal se impusiera a la humana. Como miembro del clan de los Cazadores, estaba obligado a mantener el control y a no conocer el miedo; y se le había dado bastante bien hasta que la conoció a ella.

Nunca lo habría admitido, pero estaba asustado por el sentimiento de anticipación que lo dominaba y lo hacía olisquear el aire en busca de esa fragancia perfecta, melosa y femenina que invariablemente lo volvía loco; un olor que había calado hasta su alma y se había quedado impreso en sus sentidos como un tatuaje en la piel. El simple hecho de pensar en él bastaba para excitarlo y para sacarlo de quicio.

—¿Crees que estará allí? —preguntó a su compañero, en voz baja.

Cian sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta y clavó sus ojos grises, oscurecidos por el velo de las pestañas, en Jeremy.

—¿Quién? ¿Esa bruja de Murphy?

Jeremy respondió con tono de impaciencia. Jillian Murphy era la única mujer que ocupaba sus pensamientos; y el irlandés lo sabía de sobra.

—¿Quién si no?

Cian encendió un cigarrillo, dio una calada y arqueó una ceja.

—¿Y yo que sé? —se defendió—. ¿Ahora tengo que ser adivino, además de irresistible?

—Créeme, Hennessey, tú no me resultas nada irresistible —ironizó.

Jeremy miró al irlandés con cara de pocos amigos. En circunstancias normales, disfrutaba intercambiando pullas con Cian Hennessey; pero no aquella noche. Estaba demasiado tenso y demasiado irritado para tener sentido del humor.

Sin embargo, Cian soltó una carcajada como si no lo hubiera notado.

—Ah, vaya... me alegra observar que no has perdido tu acidez de costumbre. Y en respuesta a tu pregunta, sí; creo que estará allí. ¿Por qué crees que me he decidido a acompañarte? Estoy aquí para darte apoyo moral —declaró, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Apoyo moral? Venga ya... estás aquí para poder volver al callejón con algún cotilleo que contar a los demás. Admítelo, soy yo el que te resulta irresistible a ti.

En ese momento, Jeremy captó un olor tan claro e irresistible que se quedó plantado en el sitio, inmóvil. Era un olor suntuoso y dolorosamente familiar, un aroma que saboreó en la boca como si se tratara de algún néctar extraño e ilícito; un aroma que, de algún modo, le pertenecía.

Sacudió la cabeza para reaccionar y se maldijo a sí mismo, en silencio, por ser tan fácil de seducir. Después, se pasó las dos manos por el pelo, se las metió en los bolsillos y siguió caminando.

Aún le sorprendía que aquello le estuviera pasando a él, que se dirigiera hacia la morada del clan de los Crestas Plateadas, que lo consideraban una aberración, una carga, poco más que un ser despreciable, por ser medio humano, un mestizo. Por sus experiencias pasadas, sabía que ir a Shadow Peak, la localidad montañesa donde vivían los Crestas Plateadas, era un error. Pero no tenía elección. Los Cazadores lo habían echado a suertes y él había sacado el palito más corto.

Su misión consistía en capturar al traidor que estaba tentando a los hombres lobo para que se pasaran al lado oscuro, al traidor que los enseñaba a transformarse a plena luz del sol y los empujaba a cazar seres humanos. Los fuera de la ley, los descontrolados, como solían denominarlos los Cazadores, siempre habían sido un problema grave; y ahora que sabían transformarse de día, resultaban mucho más difíciles de perseguir y de matar. Jeremy lo había aprendido por las malas; aún llevaba las cicatrices de su último encuentro con ellos.

Por si eso fuera poco inquietante, podía sentir la cercanía de la mujer que estaba destinada a ser su compañera de por vida. La deseaba con toda su alma; tanto, que sin ella se sentía como si le faltara una parte de su ser; tanto, que había hecho todo lo posible por olvidarla y negar su existencia, pero sin conseguirlo.

Durante diez años, había creído que ella desaparecería de sus pensamientos si enterraba su memoria en otros cuerpos de mujer; pero por muy apasionadas y solícitas que fueran sus amantes, Jeremy sabía que era inútil: Jillian Murphy era la única mujer a quien deseaba.

Aquello era desesperante y patético. Incluso en ese mismo momento, mientras avanzaba por el bosque, casi jadeaba al sentir su aroma en el viento.

Jeremy se dijo que habría podido controlar sus emociones si hubiera tenido más tiempo para prepararse; pero los acontecimientos se habían sucedido muy deprisa. Siete días antes, Mason Dillinger había derrotado a Anthony Simmons, un hombre lobo loco, en un combate a muerte. A la noche siguiente, los Cazadores se reunieron en la cabaña de Mason y decidieron que uno de ellos debía introducirse en el clan de los Crestas Plateadas y encontrar al traidor, al jefe de Simmons.

De repente, Jeremy se encontró con un palito corto en la mano y el

encargo de presentarse ante el gobierno de los hombres lobo, la Liga de los Ancianos. La suerte le había jugado una mala pasada; no había tenido más remedio que presentarles su solicitud de ingreso en el clan, a la que tenía derecho como Cazador tras matar a una cantidad determinada de licántropos fuera de la ley y a la que Mason y él habían decidido renunciar tiempo atrás. Poco después, había ejercido de padrino en la boda de Mason. Y en ese momento se dirigía a su nueva casa, a Shadow Peak, con el tiempo justo de hacer el equipaje y de prepararse mentalmente.

Se frotó la nuca y sintió un escalofrío. El viento del este le acariciaba la cara y los brazos con frialdad, como si quisiera advertirle del peligro. «Vuelve a casa», parecía decir, «vuelve antes de que sea demasiado tarde».

Se estaban acercando. Las hojas secas crujían bajo sus pies. Un poco más adelante, su mirada distinguió el destello de las antorchas que iluminaban el claro donde los hombres lobo del clan de los Crestas Plateadas tenían la costumbre de dirimir sus problemas. Preferían hacerlo allí, en el bosque, antes que en el ambiente civilizado de su apartada ciudad, que estaba varios kilómetros más arriba.

Medio minuto después, los sonidos del claro llegaron a sus oídos. Obviamente, era una noche de desafíos; ya se lo había advertido Dylan Riggs, el más joven de la Liga de los Ancianos y uno de los pocos que se llevaban bien con el clan de los Cazadores.

—Casi hemos llegado —murmuró Cian, encendiéndose otro cigarrillo—. No me avergüenza decir que siempre odié este sitio de joven. Me da escalofríos.

—Sí, sé lo que quieres decir.

Jeremy alzó la cabeza y olisqueó el ambiente. Estaba cargado de tensión, lo que significaba que la pelea de aquella noche debía de ser bastante inusual.

Se dijo que debía mantener la concentración a toda costa, pero el olor de Jillian se volvía más intenso por momentos y lo inundaba de emociones. Podía notar su miedo, y también su valor; aunque Jillian no era una mujer lobo, sino una bruja, se consideraba una más de los Crestas Plateadas.

Las mujeres de su familia llevaban varios siglos sirviendo al clan; cuando Constance dejó de ser la curandera y líder espiritual del grupo, Jillian la sustituyó en el puesto. Jeremy sabía que los hombres lobo la adoraban y la tenían en gran aprecio, pero no dejaba de ser una joven de veintiocho años.

—Menuda pelea que han organizado —dijo Cian.

Jeremy asintió. Podían oír los gruñidos y los golpes que se propinaban los contrincantes, mezclados con algún aullido ocasional.

—Ríndete ya —gritó una mujer—. Ríndete y puede que te dé una muerte rápida en lugar de despedazarte poco a poco.

Jeremy se quedó asombrado al saber que los contrincantes eran mujeres. No era habitual que las mujeres se desafiaran, aunque tampoco se podía afirmar que fuera extraño.

—Vaya bruja... —ironizó Cian—. Eso me recuerda por qué sigo soltero.

En ese momento se oyó un chillido; y a continuación, la misma voz que acababan de oír.

—Ya eres mía...

Jeremy estuvo a punto de maldecir en voz alta al reconocerla.

—Pero si es Danna Gibson... —dijo. Cian lo miró con incredulidad y soltó una carcajada.

—Dios mío, tu suerte empeora por momentos.

Jeremy pensó que su amigo tenía razón. Danna y él habían mantenido una relación en el pasado; nada serio, pero habían salido juntos varias veces antes de que Jillian apareciera y él se diera cuenta de que estaba destinada a ser el amor de su vida. A partir de entonces, ya no le había interesado ninguna otra mujer.

Sin embargo, su reputación de mujeriego era difícil de borrar, y sus novias anteriores sentían celos del interés que demostraba por la bruja; un día, cuando Jeremy ya había conseguido ganarse el afecto de Jillian, alguien mintió a la joven y le dijo que se dedicaba a coquetear con Danna a sus espaldas. Jillian lo creyó y no quiso saber nada más de él.

Desde entonces habían pasado diez largos años.

A Jeremy no le extrañó nada que Danna hubiera desafiado en combate a otra mujer. Ni era la primera vez que lo hacía ni sería la última, teniendo en cuenta que, según le habían contado, se había casado con Magnus Gibson, un cretino machista y descerebrado que siempre andaba en líos de faldas.

Al pensar en ello, sacudió la cabeza. Cuando un licántropo estaba realmente enamorado de alguien, no buscaba afecto fuera de su relación. Si Gibson lo hacía con Danna, era porque no estaban destinados a formar pareja.

—Me pregunto qué diablos estará pasando ahí arriba —le dijo a Cian.

El irlandés se encogió de hombros.

—Sea lo que sea, me da mala espina.

—Y a mí.

Un momento después, se oyó una voz dulce y musical. Jeremy estuvo a punto de tropezar con las raíces de un árbol.

—Por última vez, Danna... yo no he tocado a tu compañero.

Jeremy se estremeció, incapaz de creer lo que oía. Pero no cabía ninguna duda al respecto. Era ella.

Era la voz de Jillian.

Nervioso, se abrió camino entre las ramas de otro árbol y siguió adelante, preguntándose cómo era posible que Jillian se hubiera metido en semejante lío. Jillian tenía algo de sangre de hombre lobo corriendo por sus venas, pero siendo como era una bruja no se podía transformar. En un enfrentamiento con Danna, no tenía la menor posibilidad. Además de ser incomparablemente más fuerte, la otra mujer tenía un carácter feroz y conocía todos los trucos y todas las trampas del combate.

Caminó tan deprisa como pudo, con Cian a su lado, hasta que salieron del bosque y entraron en el claro.

Al contemplar la escena, le faltó poco para caer de rodillas al suelo. Aquello era una pesadilla; una pesadilla macabra.

Jillian Murphy estaba en mitad del claro, aún de pie, tan bella y valiente como siempre, sangrando.

Y a punto de morir.





Capítulo dos

Jillian miró a Jeremy durante un segundo antes de volver a concentrarse en su oponente. Jeremy se había quedado sin habla, pero emitió un sonido profundo y gutural, como el de un animal herido. No le importaba que Jillian estuviera sucia y cubierta de sudor, ni que tuviera sangre en la sien y en la mejilla izquierda. Era perfecta, sexy, suya.

Algunos de los hombres lobo que se habían reunido para contemplar la pelea lo miraron con curiosidad.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Jeremy al irlandés—. ¿Sabías que Jillian iba a luchar?

Cian arqueó una ceja.

—¿Crees que, de haberlo sabido, me habría perdido el combate? —respondió con humor.

—Pues deja de mirarla. No quiero que la mires.

Cian rió.

—¿Y qué vas a hacer si me niego?

—No me presiones —le advirtió Jeremy—. No esta noche, Hennessey.

La advertencia de Jeremy no era en vano; al ver a Jillian Murphy en un combate a muerte con una licántropo, su control había desaparecido por completo.

Era dolorosamente evidente que la iba a perder, pero no lo podía aceptar. Además, aquello no tenía ningún sentido. Era absurdo. Las brujas del clan de los Crestas Plateadas no combatían con sus propios compañeros. De hecho, desafiar a una bruja era el mayor de los delitos que se podía cometer entre los hombres lobo, además de probar la sangre humana o de transformarse en un lugar y en un día demasiado señalados, como en un Año Nuevo en mitad de Manhattan.

Si los hombres lobo querían sobrevivir al mundo moderno, debían seguir ciertas normas. De lo contrario los aplastarían en un abrir y cerrar de ojos.

Pero a pesar de ello, Danna había retado a la pequeña Jillian, que apenas tenía un metro sesenta y cinco de altura. Y Jeremy no tenía ninguna duda de que aprovecharía su ventaja física.

Justo entonces, como si le hubiera adivinado el pensamiento, Danna transformó sus manos humanas en unas garras letales. A continuación, lanzó un golpe hacia la carne vulnerable del cuello de Jillian y Jeremy sintió que el corazón se le encogía en el pecho. Sin embargo, Danna no alcanzó su objetivo; en el último instante, Jillian se echó al suelo y rodó, alejándose.

Danna no tardó en reaccionar. Se abalanzó sobre ella para darle muerte.

Una vez más, Jeremy tuvo miedo de que aquél fuera el final de su amada. Y una vez más se equivocó: Jillian alzó los brazos y le plantó las

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

